

Los soldados de la legión II.^a *Pártica* eran los más revoltosos. Sus mujeres, sus hijos y sus bienes abandonados en Albano, se hallaban á merced de los contrarios, y para salvarlo todo cortaron por lo sano degollando en un tumulto á Maximino y á su hijo. Su reinado duró tres años y algunos días (238) (1).

El ejército entonces solicitó entrar en la plaza; pero los aquileenses se guardaron muy bien de abrirles sus puertas, limitándose á echarles víveres desde lo alto de las mura-

llas, por su justo precio; y luego, con menos desconfianza, establecieron mercados á las puertas, donde se vió el extraño espectáculo de un ejército sitiador mantenido por la plaza sitiada.

Pupieno acudió de Rávena y se presentó en medio de este ejército sin cabeza, les tomó el juramento de fidelidad á los tres emperadores de Roma, y envió estas tropas á sus acantonamientos, después de haber pagado largamente, como convenía, el precio de la sangre.



Gordiano el Joven (Busto del Capitolio, Sala de los Emperadores, núm. 65)

Durante estas peripecias, el senado había vivido en ansiedad mortal. Así, su alegría fué tan grande como había sido su terror, y la manifestó públicamente con actos de gratitud para con los dioses y los emperadores: consagró á los unos solemnes hacimientos de gracias y hecatombes; y á los otros, vencedores en el combate, trofeos, carros triunfales, estatuas ecuestres doradas, y por hacer algo nuevo, estatuas llevadas por elefantes.

Luego que cesó el ruido de las aclamaciones y se extinguió el fuego de los sacrificios, reflexionó friamente Pupieno sobre la situación y la encontró todavía llena de peligros. «¿Cuál crees que será nuestra recompensa por haber libertado á Roma de un monstruo? preguntó un día á su

(1) Maximino tenía 65 años (*Cron. de Alex. ad ann. 238*, y *Zonar. An. XII*, 16). Los autores eclesiásticos (Eusebio, *Hist. eccl.* VI, 28) ponen en este reinado la sexta persecución. Sulpicio Severo no la conoce, hablando sólo de algunos sacerdotes perseguidos (*Hist. sacr.* II, 16):...*nonnullarum ecclesiarum clericos vexavit*. La persecu-

ción debió limitarse á algunas violencias locales, en Capadocia por ejemplo, cuyo obispo era Firmiliano. Cf. Cipriano, *Ep.* 75: *erat trans-eundi facultas eo quod persecutio illa non per totum mundum, sed localis fuisset... ut per Cappadociam et Pontum*; y la Iglesia no tiene en este reinado mártires auténticos: Eusebio no cita ninguno.

colega. — El amor del senado, del pueblo y del género humano, contestó ingenuamente Balbino. — No, repuso el viejo soldado; no será sino el odio del ejército. Y vió las cosas claramente. Los dos emperadores vivieron al principio en buena inteligencia; para probar su concordia hicieron acuñar monedas representando dos manos enlazadas con estas leyendas: *patres senatus, amor mutuus; fides mutua*. Pero Balbino desdeñaba el oscuro origen de Pupieno, y éste le molicie de su colega, y al cabo de algunos días se miraban con desconfianza. Era difícil que la combinación imaginada por los Padres diera otro resultado, ni que este resultado dejara de producir una catástrofe á la corta ó á la larga.

ción debió limitarse á algunas violencias locales, en Capadocia por ejemplo, cuyo obispo era Firmiliano. Cf. Cipriano, *Ep.* 75: *erat trans-eundi facultas eo quod persecutio illa non per totum mundum, sed localis fuisset... ut per Cappadociam et Pontum*; y la Iglesia no tiene en este reinado mártires auténticos: Eusebio no cita ninguno.

II. — GORDIANO III (238-244)

En algunos meses perecieron seis emperadores: sólo quedaba un niño, Gordiano III (3). Los asesinos se lo llevaron á su campamento. En otro tiempo lo habían hecho César por odio á Pupieno y á Balbino, y cuando quedó solo, con el mismo derecho lo hicieron Augusto. Un príncipe de doce á trece años era el jefe que les convenía. Entre tanto, fatigado de las últimas conmociones, reposaba el imperio algunos años. Sólo se habla de una insurrección en Africa, que apaciguó muy pronto el gobernador de la Mauritania Cesariana (240).

Pero las cosas tomaban mal giro en la corte. Gordiano II había tenido hasta veintidós concubinas: para guardar su harem tuvo que recurrir al uso oriental de los eunucos, y su sobrino heredó esta peligrosa servidumbre. Mal protegido por su madre contra eunucos y libertos, Gordiano los dejó dueños del palacio y del tesoro, que unos y otros tomaron al pillaje, hasta el año 241 ó 242, época en que el príncipe tomó por esposa á Tranquilina, hija de Timesiteo, á quien nombró prefecto del pretorio.

Este Timesiteo que había desempeñado honradamente importantes empleos de hacienda pública, y más de una vez funciones de gobernador de provincia, *vice praesidis*, resultó ser un hombre, y con su justificación y energía hizo volver á las sombras á los que no debían haber salido nunca de ellas. Una de sus cartas á Gordiano muestra la extensión del mal y la energía del remedio.

Hela aquí:

«A Augusto mi señor y mi hijo, Timesiteo su suegro y su prefecto.

»Es para nosotros motivo de grande alegría verte ya libre de la vergüenza de aquel tiempo en que eunucos y libertos á quienes tenías por amigos, hacían de todo infame tráfico; y nuestra alegría es tanto más íntima, cuanto que



Los dos Gordianos proclamados dioses (4)

tú mismo celebras tan dichoso cambio; lo que prueba, hijo y señor mío, que no autorizabas tú semejantes abusos. En efecto, no se podía tolerar por más tiempo que libertos y

potuit dogmata quam nostra firmare. Las letras iniciales de los veintiséis últimos versos de una de estas piezas forman las palabras siguientes: *Commodianus mendicus Christi*. Otro ejemplo de estos acrósticos, con una prosodia y una métrica bárbaras, se encuentra en una inscripción de la Argelia (Renier, n.º 2074).

(3) Muchos le dan once años; algunos, trece; Junio Cordo, diez y seis (Capitolino, *Gord.* 22).

(4) Medallón de bronce acuñado en Ege de Cilicia, confirmando la apoteosis decretada por el senado en honor de los dos Gordianos: *quos ambo senatus augustos appellavit, et postea inter divos retulit*. En el anverso, cabezas laureadas y de frente, representando á los dos Gordianos, padre é hijo, con esta leyenda en griego: *Dioses Gordianos, venerables, romanos, africanos, augustos*; y en el reverso, un águila sobre un altar, y esta leyenda: «Los habitantes de Ege, severianos, adrianos, ciudad *neocora* (que tiene un templo de los Augustos) y *navarquida* (que tiene un arsenal marítimo) el año de Ege 284» (238 de nuestra era).

Los pretorianos sufrían con sorda cólera «á los emperadores del senado,» y su odio crecía en proporción de las aclamaciones con que los Padres conscriptos saludaban á los elegidos del consejo supremo de la república. Temían que se renovara contra ellos la ejecución hecha por Severo de los pretorianos de Juliano. En un senadoconsulto se tuvo la imprudencia de decir: «Así obran los príncipes nombrados por los hombres prudentes; ¡y perezcan los príncipes elegidos por gente sin experiencia!» Era una bravata y los soldados la recogieron.

Un día que los juegos escénicos habían atraído fuera del palacio buen número de sus guardias ordinarios, los preto-



Inscripción única de Gordiano el Viejo. Museo de Burdeos (1)

rianos acudieron á él. Sin demora quiere Pupieno llamar á la guardia germana; pero Balbino que teme una traición de su colega, se opone á ello. Mientras pierden tiempo preciosos en la disputa, fuerzan los pretorianos las puertas, prenden á los dos príncipes y los arrastran afuera y los llevan por en medio de la ciudad entre mil ultrajes y descalzados: «¡He aquí, gritaban con befa, he aquí á los emperadores del senado y del pueblo romano (2)!»

Su intención era llevarlos á su campamento para gozarse en la lenta agonía de los príncipes; pero acercándose la guardia germana para libertarlos, les dieron muerte y abandonaron sus cadáveres en medio del camino (junio 238).

Menos de cinco meses habían bastado para la consumación de la triple y sangrienta tragedia de que habían sido teatro Roma, Cartago y el campamento de Aquilea. La restauración senatorial había durado exactamente el tiempo necesario para que el soldado volviera de la sorpresa que le había causado una empresa tan audaz, y no podía durar más, porque el senado no tenía ni la fuerza de la opinión ni la fuerza material: el poder no estaba en sus manos; estaba en otra parte. De Cómodo á Diocleciano, los verdaderos dueños del imperio fueron los soldados, y las desgracias de esta dominación sólo fueron conjuradas momentáneamente, cuando el ejército tuvo á su frente jefes á la vez enérgicos y hábiles, como Severo, Aureliano y Probo. La constitución del imperio exigía, para prosperar, que tuvieran siempre el timón de la nave del Estado grandes príncipes. Pero la naturaleza no es tan pródiga de hombres superiores, ni la sabiduría humana había suplido con buenas instituciones lo que no daba la naturaleza.

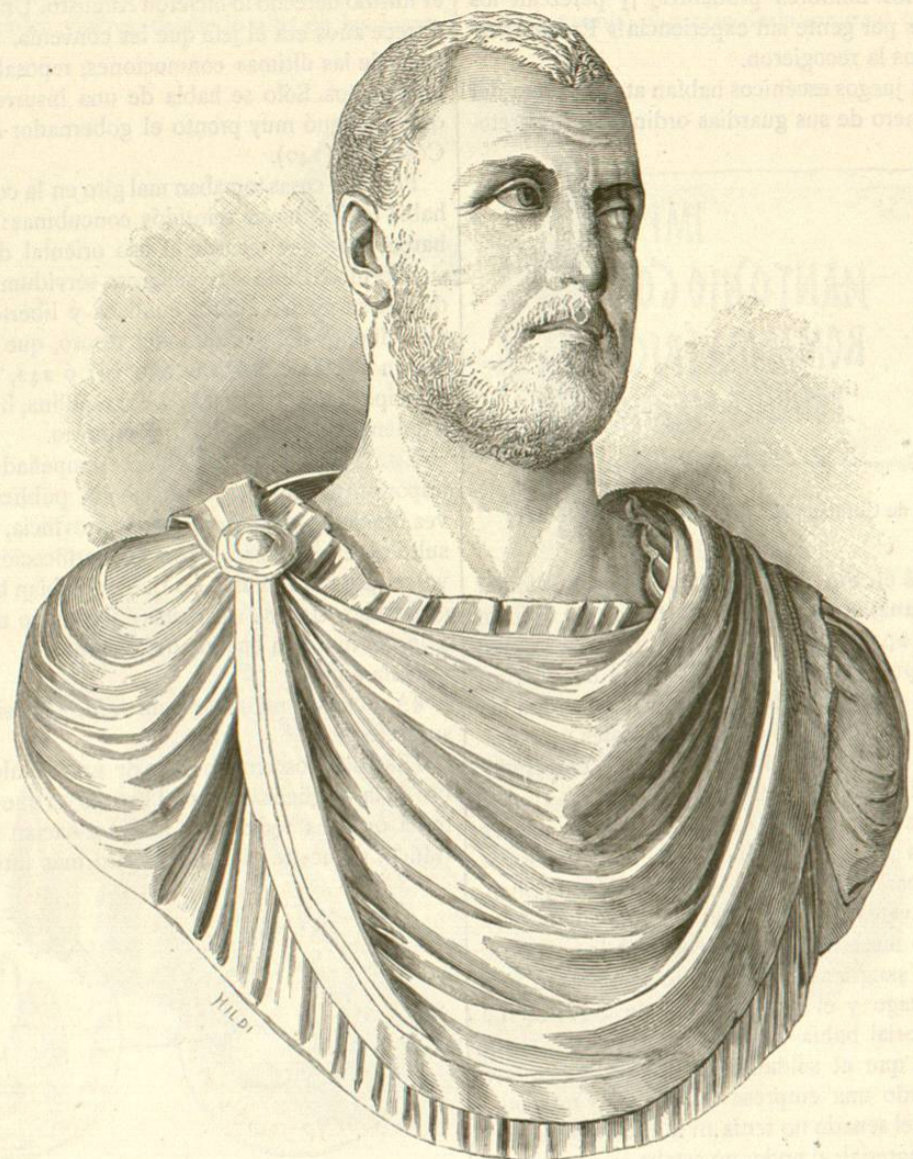
(1) Según la restitución de M. Robert, del Instituto, en el tomo IV de las «Memorias de la Sociedad arqueológica de Burdeos.»

(2) Con el reinado de Pupieno y Balbino termina la obra de Herodiano, que á pesar de todos sus defectos, era muy útil para ilustrar esta época tan pobre de escritores. Mencionemos en este año de 238 la publicación del libro de Censorino, *de Die natali*. Por este tiempo también, Comodiano, el más antiguo de los poetas cristianos, escribía sus *Instrucciones*, ochenta piezas de versos bárbaros. Su *Carmen apologeticum* es del año 249. Genadio (*de Script. Eccles.* 15) dice de él: *Scriptit, mediocri sermone quasi versu, librum adversus paganos. Et quia parum nostrarum attigerat litterarum, magis illorum destrueret*

eunucos dispusieran de los mandos militares; que honorables servicios quedaran sin recompensa; que el capricho ó interés de algunos hombres hiciera perecer á inocentes y absolver á culpables; que se agotaran los recursos del tesoro en provecho de los que formaban todos los días innobles intrigas para inspirarte enojosas prevenciones contra los mejores ciudadanos; que apartaban á los buenos y prote-

gían á los malos y traficaban hasta con las palabras que te atribuían.

»Demos pues gracias á los dioses que te inspiraron la idea y buena voluntad de curar los males de la república. Grato es en verdad ser padre de un príncipe que quiere saberlo todo y aleja de sí á los hombres que al parecer habían hecho objeto de almoneda el poder público.»



Balbino (Busto del Capitolio)

A esta carta contestó Gordiano:

«El emperador Gordiano Augusto á Timesiteo, su padre y prefecto.

»Si los dioses omnipotentes no protegieran el imperio romano, aun estaríamos como expuestos en venta por eunucos, comprados ellos mismos en los mercados. Bien comprendo ahora que no debió ser un Félix el que pusiera á la cabeza de las cohortes pretorianas, ni un Serapamón el que debí nombrar jefe de la cuarta legión, y para decirlo todo de una vez, que no debía haber hecho muchas cosas que hice. Pero doy gracias á los dioses de que tú, cuyo desinterés me es conocido, me hayas enseñado lo que la cautividad en que se me mantenía me impedía saber. ¿Qué podía hacer yo cuando Mauro vendía mi gobierno, y de acuerdo con Gaudiano, Reverendo y Montano alababan á este y vituperaban á aquel? ¿Qué había yo de hacer sino aprobar lo que me decía el uno y confirmaba el testimonio de sus cómplices?

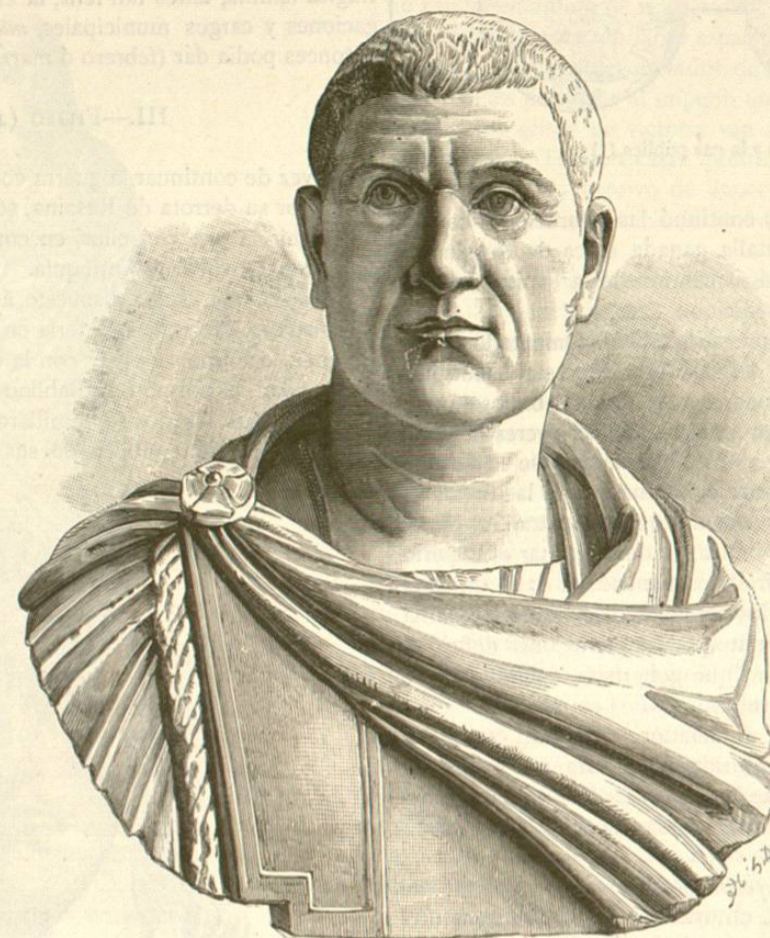
»Creedme, caro padre, un príncipe es bien desgraciado cuando se le oculta la verdad. No pudiendo ir á informarse afuera, tiene que pasar por lo que se le dice dentro y resolver por los informes interesados que se le dan.»

Timesiteo sólo fué nombrado por su integridad y elocuencia; pero cuando fué necesario se mostró también hábil general. Hizo reparar las fortificaciones de las ciudades y fronteras y acumuló en ellas grandes cantidades de víveres para que los cuerpos pudieran proveerse allí en caso de necesidad. Las plazas de primera línea fueron abastecidas para un año de trigo, cebada, paja, salazón y vinagre; las menos importantes, para algunos meses. Sabía lo que contenían los depósitos de armas y se cercioraba del buen estado de servicio de las que manejaban los soldados. Despedía de los campamentos las bocas y los brazos inútiles, como los ancianos y los niños que embarazaban las funciones de guerra ó de servicio y desperdiciaban raciones.

Mantén fácilmente la disciplina, porque velaba con la mayor solicitud sobre todas las necesidades del soldado, de tal modo que hasta en las marchas más lejanas, las provisiones llegaban siempre á punto. Así pudo restablecer el uso de rodear de foso el sitio en que acampaba el ejército, aunque sólo fuera por un día; y como visitaba personalmente los puestos, aun á deshora de la noche, nadie se descuidaba en su deber de vigilancia y todos estaban siempre alerta. En poco tiempo, un hombre hábil y consagrado al bien público devolvía á las tropas sus virtudes militares y

el ejército volvía á ser el formidable instrumento que había sido tanto tiempo.

Los persas se apercebieron de ello. Satisfechos ó fatigados del primer choque con Alejandro Severo, habían permanecido en reposo hasta fines del reinado de Maximino; pero las nuevas dinastías asiáticas no reemplazaban inmediatamente la tienda con el harem, sino que para consolidarse necesitaban dar salida de vez en cuando al belicoso ardor que sirvió para fundarlas. Ardeschir amenazó otra vez á la Armenia y las provincias romanas. A su muerte, en 240,



Maximino (Busto del museo de Louvre)

tuvo por sucesor á su hijo Sapur ó Sapor, que fué infatigable enemigo de los romanos durante un tercio de siglo, ó sea de 240 á 273.

Este príncipe dirigió una invasión formidable, que nadie ni nada pudo atajar, hasta el corazón de la Siria; tomó las plazas fuertes de Átra, de Nísibe y de Carres, pasó el Eufrates y amenazó á Antioquía.

A estas nuevas abrió Gordiano el templo de Jano (241), ceremonia que al parecer se hizo entonces por la última vez, y partió con grandes fuerzas por el valle del Danubio que devastaban sármatas y godos cuatro años hacía; y hordas de alanos habían penetrado hasta las cercanías de Filipópolis en Tracia, donde batieron á un cuerpo de romanos. Los bárbaros, sin embargo, no pudieron hacer frente al grande ejército que Gordiano conducía y que de paso hubo de aventarlos.

En 242, estaba á orillas del Helesponto, desde donde se dirigió rápidamente al Eufrates.

La caballería persa no se resistió más ni mejor que los alanos y los godos. Pero la memoria de estos combates se ha perdido, sin que queden más que algunas líneas de un despacho del emperador al senado:

«Después de la enumeración de las ventajas obtenidas durante nuestra marcha y que merecerían el honor de un triunfo cada una, hemos roto el yugo que los habitantes de Antioquía llevaban ya sobre sí, y libertado á la Siria de este rey y de su dominación, habiendo recobrado para el imperio la ciudad de Carres y otras. Estamos ya en Nísibe, y si los dioses nos favorecen, pronto estaremos en Tesifonte. Pléguenos conservarnos á Timesiteo, nuestro padre y prefecto, que lo ha dispuesto y conducido todo. A él le debemos estas victorias y le deberemos otras aún. Votad rogativas á los dioses y gracias á Timesiteo.»

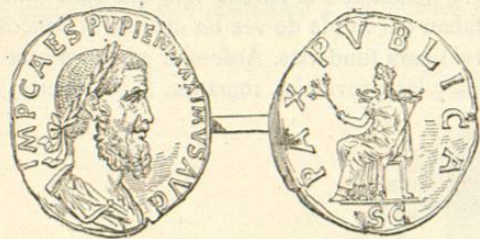
El senado decretó al principio una cuadriga de elefantes y al prefecto un carro triunfal tirado por cuatro caballos con esta inscripción: «Al tutor de la república.»

Por desgracia algún tiempo después murió el honorable tutor víctima de una enfermedad ó de un veneno acaso suministrado por Filippo (243).

Este Filippo era un árabe de la Troconítida (1), hijo de

(1) Llamábase Marco Julio Filippo, y su mujer Marcia Otacilia Severa (V. Renier, *Inscr. de Argelia*, n.º 2540). Según Aurelio Víctor (*Ces.* 28) era natural de Bostra, ciudad que de su nombre tomaría

un famoso jefe de bandoleros del país y bandolero él también en sus primeros años a las órdenes de su padre. Después, alistado en las tropas romanas, se fué de grado en grado elevando hasta llegar á ser el oficial más importante del ejército, después de la muerte de Timesiteo. Gordiano le dió la herencia de aquel que acaso fué su víctima, la



Pupieno y la paz pública (1)

prefectura del pretorio, y continuó las operaciones contra los persas. Una gran batalla ganada cerca de Resaina, á orillas del Caboras, abrió el camino de la capital de Persia, cuando estalló una sedición.

El nuevo prefecto del pretorio la había fomentado desorganizando de intento el servicio tan bien establecido por su predecesor: con órdenes secretas extraviaba los convoyes é impedía que los barcos cargados de víveres llegaran al campamento. Cuando vió nacer y extenderse el descontento, encargó á sus emisarios que fueran por las tiendas y los grupos de soldados á insinuar quejas contra Gordiano: un príncipe tan joven era incapaz de gobernar el imperio y más de conducir el ejército; era menester darle un colega que pudiera prestar los servicios que Timesiteo había prestado. Acosado el ejército por las privaciones defirió el imperio á Filipo y ordenó que gobernara conjuntamente con Gordiano, como su tutor.

Los amigos del joven emperador no podían engañarse sobre esta división de autoridad, impuesta por los soldados: era un amo lo que se le daba, y las insolencias premeditadas de Filipo no permitían dudar de ello. Y prepararon una contrarrevolución.

En efecto, cuando creyeron poder contar con un número suficiente de adeptos, obtuvieron una convocación del ejército, ni más ni menos que si hubiera sido una asamblea deliberante. Desde lo alto de su tribunal se quejó Gordiano amargamente de la ingratitude de Filipo, á quien había colmado de beneficios, decía, y pidió justicia contra él á los soldados, es decir la destitución del emperador que ellos mismos habían nombrado. Pero prevaleció el voto del partido contrario y fué la degradación de Gordiano la que pronunciaron.

Aquí pone Capitolino una escena de indignas súplicas en la que Gordiano hubo de bajar vergonzosamente todas las gradas del poder mendigando primero la división de la autoridad, luego el título de César, después la dignidad de prefecto del pretorio; en fin el grado de *dux* ó caudillo ó siquiera la vida. Así lo dice el citado autor.

Nosotros no tenemos más motivos para creer la bajeza del joven príncipe que su valor; pero á los veinte años de edad no se muere así.

luego el de Filipópolis. Los concilios distinguen á Bostra de Filipópolis, que se edificaría á sus inmediaciones (Labbe, *Conc.* t. VIII, páginas 644-675). Waddington ha encontrado las ruinas de Filipópolis, donde todavía se ven un teatro, un acueducto, termas, templos y numerosos edificios públicos; pero el recinto no estuvo nunca lleno: Filipo no tuvo tiempo de acabar su obra.

(1) IMP. CAES. PUP. MAX. AVG. alrededor del busto laureado del emperador. Reverso, PAX PUBLICA SC. y la Paz sentada.

Gordiano fué asesinado cerca de Zaita, la ciudad de los Olivares, donde su asesino le hizo levantar un magnífico sepulcro, que subsistía aun un siglo después. Otros tres emperadores, Valeriano, Caro y Juliano, morirán también en aquellos desiertos.

Filipo escribió al senado diciendo que los soldados lo habían elegido emperador en lugar de Gordiano, muerto de enfermedad, y el senado decretó la apoteosis para el uno y los títulos imperiales para el otro. Y se consoló de su secreto dolor concediendo á todos los miembros de aquella trágica familia, antes tan feliz, la exención de la tutela, legaciones y cargos municipales, *munera*. Era todo lo que entonces podía dar (febrero ó marzo de 244).

III.—FILIPO (244)

En vez de continuar la guerra contra los persas, desalentados por su derrota de Resaina, se dió buena prisa Filipo á concluir la paz con ellos, en condiciones que les eran ventajosas, y volvió á Antioquía.

Eusebio, que estaba dispuesto á hacer de este asesino un cristiano, dice que se refería en su tiempo que, habiendo querido Filipo celebrar con la emperatriz la pascua en esta ciudad, el obispo San Babilao les prohibió entrar en la iglesia; que los dos se humillaron, hicieron la exomologesis ó confesión pública de sus pecados y entonces se



Gordiano III (2)

mezclaron con los penitentes. Estos rumores vinieron á tomar consistencia después, sin que se vea el interés que tenía la Iglesia en reclamar semejante prosélito. Posible es que aquel árabe hubiera tenido en su juventud conocimiento del cristianismo, y que como Mamea hubiera teni-

(2) Busto del museo del Louvre. Mármol de Luni.

do relaciones con Orígenes (1); ello es cierto que durante su reinado como en tiempo de Alejandro, vivieron los cristianos en paz (2); pero toda su conducta pública fué la de un emperador pagano. Según la leyenda de una de sus monedas, creía que su advenimiento había sido anunciado por Apolo (3), y las medallas de Otacilia ofrecen tipos profanos, honores sacrílegos que una buena cristiana hubiera rechazado.

Por otra parte, en aquel tiempo de confusión religiosa muchos espíritus estaban inciertos sobre sus creencias. El



La emperatriz Tranquilina, de Ceres (4)

sincretismo racional de los filósofos alejandrinos venía á ser irreflexivo en muchas almas. Así un monumento singular de fecha muy posterior, sin embargo, representa un San Jorge con cabeza de gavilán, es decir, el héroe de una leyenda cristiana confundido con un dios egipcio, con el dios Horo. El supuesto cristianismo de Mamea y Otacilia era de la misma especie y menos preciso aún.

Los acontecimientos del reinado de Filipo nos son casi desconocidos. La *Historia Augusta*, desde Gordiano III hasta Valeriano, es decir, de 244 á 253, se ha perdido, y

(1) Eusebio (*Hist. eccl.* VI, 33) poseía dos cartas de Orígenes, una dirigida á Filipo y otra á Otacilia, pero no dice que había en ellas la prueba de que fueran cristianos.

(2) Excepto en Alejandría según Eusebio (VI, 41). Pero esta supuesta persecución no fué sin duda más que uno de aquellos tumultos populares tan frecuentes en la ciudad, y en los cuales así parecían cristianos como paganos.

(3) *Ex oraculo Apollinis* (Cohen, IV, p. 201, n.º 4). Hizo declarar dios á Gordiano III y celebró todas las ceremonias paganas de los juegos seculares. En este reinado hubo en Alejandría un tumulto contra los cristianos, que no se apagó hasta que la guerra civil llamó la atención (Euseb. *Hist. eccl.* VI, 41).

(4) Estatua del museo del Louvre. Mármol de Paros.

para llenar este vacío, no tenemos más que los áridos y dudosos resúmenes de Zósimo y Zonaras, que escribieron, el uno en el siglo V y el otro en el XII. Hablan de una solemnidad que agitó á la Italia toda, la celebración de los juegos seculares por el milésimo aniversario de la fundación de Roma (248). A fin de honrar este gran recuerdo, se desplegó toda la magnificencia de las fiestas imperiales y el entusiasmo de los pueblos respondió á la pompa de las ceremonias. Habiendo avanzado siempre el dios Término por espacio de diez siglos, la multitud podía creer que no estaba en ánimo de retrogradar. Así viendo fortuna tan constante, durante tan largo espacio de la vida de la humanidad, los hijos degenerados de la vieja Roma dejaban á sus poetas prometer al imperio un nuevo milenario.

Pero los gritos de victoria van á cesar: un sucesor de Augusto y de Trajano caerá pronto bajo la espada de los godos; otro será cautivo de Sapor, y ya ha nacido quien reducirá á la antigua reina del mundo á un simple municipio italiano.

Filipo hizo una severa ordenanza contra el vicio griego, y si no consiguió destruir esa degradante aberración que pone al hombre bajo el nivel del bruto, á lo menos evitó el escándalo de su cínica é inverecunda ostentación (5).

Su hijo apenas tenía siete años. Sin embargo, Filipo lo nombró César y después Augusto (247), olvidando la triste suerte que había cabido á los príncipes menores de edad, para quienes la púrpura había venido á ser sudario, y colocó en los altos puestos á todos sus allegados. Su hermano Prisco tomó el mando del ejército de Siria; y su suegro (?) Severiano se puso al frente del de Mesia.

Por lo demás, era deferente con los senadores, y al parecer gobernó suavemente sin crueldades ni confiscaciones. Sin embargo, hizo pasar al fisco el palacio de Pompeyo, propiedad de los Gordianos, que lo habían embellecido mucho.

Los carpos, pueblo de origen gético, probablemente establecido hacia el Pruth, habían penetrado también en los países del bajo Danubio. Parece ser que Filipo fué personalmente á expulsarlos, haciendo dos campañas para terminar esta guerra (2456).

Después de su regreso á Roma, llegó la noticia de que exasperados los sirios por las exacciones de Prisco, habían proclamado emperador á Yotapiano, que se decía descen-



Moneda de Sapor ó Sapor I (6)

diente de Alejandro, y que en la Mesia algunos revoltosos habían proclamado otro, Marino (7). Turbado Filipo, se

(5) Los emperadores cristianos no consiguieron tampoco extirpar tan vergonzoso vicio. Aurelio Víctor, que escribía á mediados del siglo cuarto, dice: *manet, quippe conditione loci mutata, peioribus flagitiis agitur* (§ 28).

(6) Busto de Sapor y leyenda: *el adorador de Ormuz*. En el reverso, pira entre dos personajes de pie con esta leyenda: *Chapeuri*. (Moneda de oro).

(7) Existen monedas imperiales de otros dos usurpadores que no se sabe dónde colocarlos, Pacaciano y Esponiano. El trabajo de estas monedas revela el tiempo de Filipo ó de Decio (Cohen, IV, páginas 229-231).